

LA APARICIÓN DE NUESTRO PADRE EL SOL

El lobo, la víbora y otros animales, por el poder de sus sabios, sabían que algún día aparecería una luz en todo el mundo. Sabían también qué animal se transformaría en aquella luz y cómo lo haría, pero no sabían qué hacer ni cómo descubrirlo.

Se reunieron todos e hicieron una gran teka (pozo donde se ponen piedras al fondo y leña arriba y cuando la leña se consume, se usan las piedras calientes para tatemar la comida) con leña y fuego. Juntaron plumas de todos los pájaros que existían: de águila, guacamaya, guajolote silvestre, codorniz.

Al primero entre los sabios se le reveló que el elegido había de ser un niño; así que pidieron uno explicando a sus padres que sería Nuestro Creador y que iban a echarlo a la hoguera. A su pesar, los padres tuvieron que aceptar y, llorando, lo entregaron. Los sabios adornaron al niño, le pusieron sus huaraches, su traje completo con camisa y pantalón bordados. En el sombrero le pusieron plumas que habían juntado de todas las aves y, ataviado así, lo echaron al fuego. El niño se consumió en las llamas. Del humo salió un pájaro rojo que voló entre los árboles.

Escogieron más niños e hicieron lo mismo sin lograr nada; solamente salían pajaritos de diferentes colores. Echaron cinco niños: la primera vez voló un pájaro rojo; la segunda un pájaro amarillo; la tercera, un pájaro pinto de negro, blanco y rojo; la cuarta, un pájaro verde; la quinta vez voló un jilguero.

Había un sabio que ocultaba su conocimiento, veía lo que estaban haciendo los demás, desperdiciando niños. No decía nada. No se sabía que este sabio era cantador. En cierta ocasión, viendo que estaban pidiendo otro niño, les dijo: -Miren, no están haciendo las cosas como es debido; están desperdiciando niños, los sacrifican sin lograr lo que pretenden. Yo voy a decirles cuáles son los niños que servirán. Por ahí andan, diariamente los vemos jugar. Ésos son.

Al escuchar estas palabras todos se sorprendieron, pues no sabían que era sabio. Dos hermanitos acostumbraban jugar en la ladera con una rueda de madera que les había hecho su padre. Sabían tirar muy bien con el arco, no fallaban por rápida que bajara la rueda. El que tiraba la flecha siempre le daba a ésta en el centro. Así de bien

tiraban. Los niños estaban enfermos de la piel, habían nacido cubiertos de ampollas. Cuando no jugaban con la rueda, se dedicaban a ensartar jejenes con sus flechas. Los sabios fueron a pedirlos a sus padres; querían saber si era cierto lo que el otro sabio había dicho. El padre y la madre no querían darlos, pero tuvieron que aceptar y, llorando, los entregaron.

Todos se reunieron junto a la hoguera. Primero agarraron al hermano mayor y lo adornaron tal como venían haciéndolo. Iban a echarlo al fuego y el niño les dijo: -No me echen todavía, yo solito voy a brincar. Antes de saltar le dijo a su hermano: -Ve al oriente y llévame nuestro juguete, mi arco y mis flechas. Por allá voy a salir, ahí espérame. Ustedes -dijo a las personas- quédense aquí, no se retiren.

El niño dio una vuelta alrededor de la hoguera y brincó sobre la lumbre de sur a norte primero, de oriente a poniente luego y, finalmente, saltó hacia arriba y cayó en el centro del fuego. El niño desapareció levantando humo y una polvareda muy caliente. El lugar donde esto les sucedió a nuestros antepasados se llamó a partir de entonces Cerro Quemado. Ahí estaba parada una viejita. Cuando vio al niño saltar al fuego le tuvo lástima y brincó tras él.

La gente que estaba allí no pudo aguantar el calor; corrieron todos y se metieron bajo el agua, a las cuevas, bajo las piedras. Hasta la fecha, por no haber aguantado el calor, las víboras viven en el agua; los tigres y los leones entre las peñas y otros animales que no se dejan ver, en las cuevas ocultas. Más tarde se reunieron nuevamente, a ver qué había pasado.

El hermano menor -tal y como le había ordenado el mayor- fue a esperarlo al lugar señalado. Su hermano salió por el oriente; era la última vez que se reunían. Se saludaron y el mayor recibió la rueda, el arco y las flechas que serían sus rayos. Le dijo a su hermano: -De aquí debes regresarte, vivirás en las montañas y serás el hermano de todos, tamatzi (el venado, literalmente quiere decir: nuestro hermano mayor). El venado se regresó y por allí anduvo.

Los animales se reunieron, pendientes de lo que pasaría. Poco a poco el cielo se fue aclarando. Se preguntaban cómo llamarían al que aparecería. Nuestro abuelo el sol, Ta Wewiékame, se iba levantando; debían adivinar su nombre. El primero dijo que debía

llamarse “rojo”; el segundo dijo “redondo”; otro dijo que debía llamarse “calor o luz”, pues ya empezaba a alumbrar; el siguiente lo llamó “luz que no se deja ver de frente”. No podían adivinar el nombre, se daban cuenta de que no acertaban. El quinto, un guajolote silvestre, dijo: -Tau, tau (sol, sol) tau, tau. -Yo iba a decir eso. Yo también. Yo ya casi lo decía cuando él lo dijo -alegaban todos contentos.

Nuestro Creador, el sol, llegó a la mitad de su camino y alumbró más fuerte. No pudieron aguantar el calor y cada cual se fue por su lado: al agua, entre las peñas, al monte, a las cuevas. Hasta ahora viven ahí, por no haber aguantado el calor. Cuando se metió el sol, vieron salir a Metzeri (literalmente brillo sin calor), la luna, y supieron que era la viejita que así se había transformado. Le pusieron por nombre Metzeri, porque no tenía calor, sólo brillaba.

Así apareció el sol, Nuestro Creador; así dice la leyenda de nuestros antepasados, la que contaban los antiguos.